



Reportaje galardonado con el **PREMIO DEFENSA 2016**
de Medios de Comunicación en su categoría de periodismo escrito

La salvación se llama *Canarias*

Una fragata española colabora en la operación contra las mafias que operan desde Libia y dejan a los migrantes a su suerte en alta mar

A PENAS pasan doce horas con ellos, las que tardan en llevarles desde las costas de Libia a puerto, pero jamás les olvidarán. De sus miradas, sus ojos y las sonrisas que les dedican cuando les dejan a salvo en tierra, en Europa. No conocen sus nombres, casi ni sus tragedias. No saben si son refugiados o migrantes, como ellos les llaman a todos, ni se lo preguntan; no les interesa. Sólo saben que si no hubiera sido por ellos, ahora estarían muertos. Por eso, al margen de cuotas, repartos y estatuto legal que aplicarles, a los 201 tripulantes de la fragata española *Canarias*, lo que de verdad les importa es que cumplan sus sueños en esta tierra prometida que ahora ellos tienen que preservar en alta mar. Que después de pasar lo que ya creían lo peor, no encuentren muros que tratan de levantar ante ellos, de nuevo.

El nombre de la operación en la que está inmersa España, que en principio tiene como objetivo la lucha contra las mafias que trafican con personas, para llevarlas desde África a Europa, cruzando desde Libia a Italia, más en concreto a Sicilia, ha acabado siendo una misión humanitaria, donde el principal componente es salvar a los migrantes de acabar en el fondo del Mediterráneo, como ha ocurrido con otros muchos, 3.500 en el año 2014.

La fragata *Canarias* lleva destacada en Catania, en Sicilia, desde el 9 de octubre, y ha puesto a salvo a 630 migrantes, 517 de una tacada. Dos imágenes se han quedado clavadas en la retina de los militares que les ayudaron: las caras de pánico que tenían todos cuando les rescataron y los aplausos y sonrisas que les dedicaron doce horas después, cuando desembarcaron a 517 «personas», subraya la tripulación, en el puerto de Lampedusa.

*Miran a los
militares con
miedo, sin saber
si son libios como
los que les han
esclavizado*

Llevan casi dos meses en aguas del Mediterráneo, tiempo suficiente para aprenderlo todo de las mafias de personas, porque las historias se repiten. Siempre la misma tragedia, los mismos criminales jugando con la vida de las personas, y el mismo final, el abandono a su suerte en medio del Mediterráneo. Con una lección ya

aprendida hasta entre los pobres migrantes: hay diferencias entre pobres y ricos.

Los que menos dinero tienen son embarcados en lanchas de goma en Sabratha (Libia) y cuando llegan a aguas internacionales, es decir, en cuanto atraviesan las 12 millas libias, en las que no pueden entrar los barcos de la coalición internacional, les abandonan en el mar y vuelven a sus refugios, a lugares seguros. Los que huyen de las guerras o escapan del hambre sólo pueden esperar.

Los explotadores de estos refugiados pobres les han cobrado entre 1.000 y 2.000 euros por embarcar en una ratonera y les han abandonado asegurándoles que los barcos de la coalición internacional vendrán a su rescate. Les engañan, además, diciéndoles que la travesía no durará más de dos horas. Hasta que oyen el sonido del rotor de un helicóptero, que puede ser la primera señal de que tienen una oportunidad de sobrevivir, normalmente pasan diez horas. Y aún quedarán otras dos horas hasta que la fragata llegue al punto del avistamiento.

Los migrantes más ricos son embarcados en naves de madera, pero también tiene dos clases, como en los trasatlánticos. La cubierta de ese viejo cascarón ha sido dividida en



Armada

dos partes, arriba y abajo, para poder llevar a más gente y sacar mayor partido a la desgracia. A los que van abajo les cuesta el viaje 3.000 euros. Van hacinados, con los pies hundidos en una mezcla de agua y petróleo, que cada vez les sube más por las piernas según pasan las horas de travesía, y respirando los vapores de los motores. Si tienen la suerte de ser rescatados, como les ocurrió el 4 de noviembre a los 517 que viajaban así, lo primero que tendrán que hacerles en la fragata es curarles las heridas provocadas por ese líquido pringoso y ayudarles a respirar con bombonas de oxígeno.

Los ricos, que pagan 4.000 euros, tienen derecho a ir en cubierta respirando el aire marino. Van también hacinados —son más de 500 en una barca de 25 metros de eslora—, pero sólo padecerán hipotermia por el inmenso frío que han pasado.

En la fragata, les espera un médico, dos enfermeros y personal auxiliar, pero sobre todo el calor de los 201 tripulantes marcados para siempre por la mala experiencia, como le ocurre al médico, el teniente coronel Adolfo Carabot, que no para de sorprenderse del aguante de los que por unas horas serán sus pacientes. Pero pensándolo bien no le extraña. Hasta la cubierta de la fragata llegan los más fuertes, que por lo que ha podido saber, acaban allí un éxodo

de como mínimo dos años. Vienen de Eritrea, Somalia, Senegal. Muchos otros se han quedado en el desierto, muertos de hambre y sed.

Ya en Libia, los traficantes les concentran en Sabratha y si no tienen con que pagar el embarque, les obligan a trabajar para ellos hasta que cobran la deuda. Son los esclavos del siglo XXI. Carabot tuvo que operar a un eritreo de una rotura de fémur. ¿Qué le había pasado? Cuando vio la lancha neumática de los traficantes para los que había trabajado un año, se negó a subir y le obligaron a hacerlo a golpes.

Ese último rescate fue el más trágico hasta ahora. Se acercaron en dos lanchas neumáticas de la fragata por cada uno de los lados de la barca de goma. Así evitan el riesgo de que los migrantes se abalancen hacia un lado, la embarcación vuelque y mueran todos. Lo primero es lanzarles chalecos salvavidas; no entran en el precio del pasaje.

El 14 de noviembre había un muerto, fallecido durante esas fatídicas doce horas. Estaba enfermo de tuberculosis, había sido maltratado y no pudo soportar aquellas horas, aquel frío y humedad. Enseguida se puso en marcha el protocolo, que llevó al teniente coronel médico a la lancha, en vez de subir el cadáver a bordo. El protocolo es el mismo que el que se aplicaba en

los casos de ébola. Lo único que pudieron hacer fue envolver el cadáver y sellarlo, para evitar contagios.

A los demás, a los que están en peores condiciones, les llevan a una enfermería improvisada en el hangar. Sienten el miedo en sus miradas. ¿Serán esos europeos con los que sueñan, o libios, de los que ahora huyen porque les han esclavizado? Se dan cuenta pronto por el trato. A los militares españoles les sobra calor y cariño.

Enseguida los niños empiezan a jugar por cubierta, y nadie les pega, sino que juegan con ellos. Las madres se dan cuenta de que lo han conseguido, que han llegado a Europa. A los hombres, que son el 85 por ciento de los rescatados, les costará más. Saben que el éxodo no ha acabado. Doce horas después, cuando llegan a puerto, son capaces de agradecer lo que unos europeos desconocidos, militares, han hecho por ellos, y la tripulación de la fragata vuelve al trabajo. Saben que ya hay otros en alta mar esperándoles.



Carmen del Riego

Catania (Sicilia)

Publicado en

La Vanguardia

el 6 de diciembre

de 2015